

animoso general. En medio del delirio de la fiebre, vagaba en su mente la idea de llevar á cabo sus proyectos, y se le presentaban confusamente los medios de dar feliz cima á su atrevida empresa y de recobrar la capital azteca, que se habia perdido mas por falta de prudencia de otros, que por culpa suya.

Pronto las providencias dictadas por Hernan Cortés hicieron comprender á los soldados de Velazquez que el general estaba muy lejos de desistir del pensamiento que habia acariciado desde que pisó las playas de la Nueva España. La conviccion de que proyectaba volver á la capital de Méjico, para recobrar el crédito de su gloria, les hizo prorumpir en quejas y murmuraciones. Tenian presente los horrores de la Noche Triste; las miserias y el hambre sufridas en la retirada; los numerosos ejércitos presentados en Otumba, y no querian exponerse á padecimientos y peligros mayores. Insistir en la toma de Méjico era, en concepto de ellos, una locura. Lo que no se habia logrado cuando el ejército contaba con artillería, arcabuces, caballería y mayor número de gente, era imposible conseguirlo en los momentos en que de todo se carecia, y en que la tropa se hallaba reducida á cuatrocientos cuarenta hombres, muchos de ellos enfermos y macilentos. La prudencia exigia dirigirse sin tardanza á Veracruz, antes de que la corta guarnicion que quedó en la plaza se viese atacada por fuerzas mejicanas. Si permanecian por mas tiempo en Tlaxcala, se exponian á perder el único punto que tenian de refugio, y entonces todos perecerian.

Hernan Cortés trató de tranquilizar el ánimo receloso de los descontentos y de hacerles cambiar de resolucion; pero

todo era inútil: muchos tenian repartimientos en la isla de Cuba, y anhelaban dejar un país en que no habian encontrado mas que peligros, heridas y miseria. Solamente sus antiguos veteranos, resueltos á seguir la suerte de su querido general, se manifestaban contentos con sus disposiciones.

Viendo los quejosos que nada alcanzaban por medio de los consejos, resolvieron hacer un requerimiento en forma ante el escribano real, para que dispusiese sin tardanza la marcha á la Villa-Rica, puesto que se carecia de armas de fuego, de municiones y de caballería.

Entre los nombres de las personas descontentas que habian firmado el requerimiento ó protesta, se encontraba, en primer término, el de Andrés de Duero, antiguo secretario de Velazquez, por quien habia alcanzado que el gobernador de Cuba le hubiese dado el mando de la expedicion.

Hernan Cortés sintió un profundo pesar al ver que su antiguo amigo le abandonaba en su empresa. Recorrió con avidez los demás nombres, y tuvo la satisfacción de no encontrar los de sus primeros compañeros de armas. Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Cristóbal de Olid, Diego de Ordaz, Francisco de Lugo, Alonso de Avila, Cristóbal de Olea y todos los demás capitanes, lo mismo que los soldados que habian compartido con él las glorias y los trabajos desde su salida de la isla de Cuba, le eran leales.

La fidelidad de sus antiguos compañeros inundó de gozo su corazón (1).

(1) Bernal Diaz del Castillo se queja de que Gomara no expresa que fue-

El escribano real y los que le acompañaban, esperaron la determinacion del caudillo español. La posicion de Hernan Cortés era comprometida. Sin embargo, hacia tiempo que tenia tomada su resolucion, y era invariable en sus determinaciones. Vió dispuestos á abandonarle á todos los que habian pertenecido á Narvaez; que carecia de artillería, de municiones, de gente; pero no por esto desmayó su espíritu, ni desmintió su carácter. Firme en llevar adelante su empresa, midió las dificultades, calculó los recursos, y queriendo dejar alguna parte del resultado á la fortuna, se propuso no dar un paso atrás mientras hubiese un solo hombre que le siguiera. Comprendia que volver á Veracruz era disolver su ejército, renunciar no solo á la conquista, sino verse obligado á abandonar el país que habia logrado agregar á la corona de España. La gloria, el renombre, los honores, la gratitud de la nacion, todo desapareceria como un sueño. El espíritu de Hernan Cortés se sublevaba contra esta idea. Tipo del caballero cristiano de aquella época, se habia lanzado á los descubrimientos y á las conquistas, llevando por enseña el signo de la redencion, como invencible apoyo de su empresa. «*Sigamos la cruz con fé, que con ella venceremos*», era la inscripcion grabada en su estandarte de terciopelo verde, que ostentaba á cada lado la imágen del madero santo. En esa inscripcion expresó lo que él realmente creia. Esta fé

ran los soldados de Narvaez, y no los antiguos veteranos de Cortés, los que firmaron el requerimiento. «En esto de este requerimiento que escribe que hicieron á Cortés no dice quiénes fueron los que lo hicieron, si eran de los nuestros ó de los de Narvaez.»

no le abandonó nunca; y en aquellos instantes criticos le alentaba á continuar su empresa. Se consideraba soldado de la cruz, y no dudaba que Dios le ayudaria á plantearla en la bella region de Anáhuac. Con la confianza en el cielo, y la conviccion de que la audacia corona los esfuerzos, se propuso seguir adelante su marcha. En su segunda carta al emperador Carlos V, expresa claramente que se hallaba animado de los dos sentimientos que dejo expresados. «Acordándome», dice, «que la fortuna ayuda á los audaces, y que, como soldados de la cruz, Dios nos protegeria para extender la luz del Evangelio y vuestros dominios, determiné no retirarme al puerto, cualesquiera que fuesen los obstáculos que se me presentasen (1).

Hernan Cortés despues de leer los motivos que los descontentos presentaban en el requerimiento para retirarse á Veracruz, se puso en pié para contestar. Veia de un lado á sus antiguos compañeros dispuestos á seguirle, y del otro á los que solicitaban la retirada al puerto. El caudillo español se propuso hacer que los últimos cambiasen de intento, y contó con el apoyo de los primeros para continuar su empresa, en caso de que no lograrse convencer á los nuevos compañeros. Presentó el levantamiento de los mejicanos como un acontecimiento aislado, que de ninguna

(1) «Acordándome que siempre á los osados ayuda la fortuna, y que éramos cristianos, y confiando en la grandísima bondad y misericordia de Dios, que no permitiria que del todo penciésemos, y se perdiese tanta y tan noble tierra como para V. M. estaba pacífica y en punto de se pacificar, ni se dejase de hacer tan gran servicio como se hacia en continuar la guerra, por cuya causa se habia de seguir la pacificacion de la tierra, como antes estaba, me determiné de por ninguna manera bajar los puertos hácia la mar.»—Seg. carta de Cortés.

manera ponía en peligro la plaza de Veracruz. La provincia de los totonacos, lo mismo que todas las que se hallaban algo retiradas de la capital azteca, se mantenían fieles á España y se manifestaban irreconciliables enemigas de su antigua dominadora. La república de Tlaxcala acababa de darles la prueba más patente de su adhesión, rechazando, indignada, las proposiciones del emperador de Méjico y declarándose firme aliada de los españoles. Retirarse y abandonar á los que, por defenderles, habían desechado la alianza ofrecida por la nación vecina, sería un paso vergonzoso, indigno de soldados españoles que siempre habían dejado muy alta la bandera de la patria, paseándola triunfante por donde quiera que habían llevado sus armas. Retroceder á la Villa Rica, sería renunciar á lo conquistado; abandonar los intereses del rey y de Dios; echar un padron de infamia sobre el nombre castellano. Era imposible que ninguno de los que habían firmado la protesta, prefiriese su comodidad al honor; su vida al servicio del rey y de la religión. Por lo mismo estaba seguro que al suplicarles, en nombre de la patria, que no retrocediesen un paso, se quedarían á su lado, sin abandonar á sus compañeros de armas. Les dijo que, contando, como contaban, con la fidelidad de los tlaxcaltecas, nada debía inquietarles. Se hallaban en un clima excelente, abundante en víveres, donde podían esperar armas, gente y municiones de Veracruz. Agregó que había pensado castigar á la provincia de Tepeaca, por los asesinatos que sus habitantes habían cometido en los españoles que marchaban de Veracruz á Méjico; que este castigo serviría de garantía para los castellanos que en lo sucesivo transitasen por los pue-

blo; que la república se hallaba dispuesta á darle toda la gente necesaria para llevar la guerra, y que les suplicaba le acompañasen en la expedición. Vistos los resultados de ella, podrían obrar con más acierto y marcharse ó permanecer, según juzgasen más de acuerdo con su honor y su deber. Por lo que hace á mí «no desampararé esta tierra; porque abandonarla sería echar un baldon sobre mi nombre, poner en el peligro á los que me siguen, y cometer una infame traición contra el rey, cuya mancha no podría lavarse jamás» (1). Sin embargo, añadió, si hay alguno para quien el deber de la patria y de la religión son indiferentes; si hay alguno para quien el honor y la gloria valen menos que las comodidades pasajeras de la vida, no le detengo; abierto tiene el camino para marchar con su egoísmo y vivir con su ignominia. Puede alejarse, que más quiero los servicios de pocos y valientes, que la compañía de muchos, si desconocen la honra y el valor (2).

Las palabras de Cortés inflamaron de entusiasmo el corazón de sus antiguos veteranos. Temiendo que alguien pudiese poner en duda su adhesión á su general, exclamaron «que estaban dispuestos á seguirle á todas partes».

Tocada en los descontentos la fibra delicada del honor,

(1) «Les dije que yo no había de desamparar esta tierra, porque en ello me parecía que, demás de ser vergonzoso á mi persona, y á todos muy peligroso, á V. M. hacíamos muy gran traición.»—Seg. carta de Cortés.

(2) «E no me hable ninguno en otra cosa; y el que desta opinión no estuviere, váyase en buen hora, que más holgaré de quedar con los pocos y osados, que en compañía de muchos, ni de ningún cobarde, ni desacordado de su propia honra.»—*Historia de las Indias*, MS.

ofrecieron retardar su marcha al puerto y hacer la guerra á la provincia de Tepeaca, á condicion que no se les pondria obstáculo á su partida, despues de terminada.

Hernan Cortés vió logrado su primer objeto: detener á los que trataban de abandonarle. Mas tarde, las circunstancias le señalarian la manera con que debia obrar.

CAPITULO XVIII.

Marcha Cortés á castigar á la provincia de Tepeaca.—Jicotencatl le acompaña al frente del ejército tlaxcalteca.—Cortés, despues de dos batallas ganadas á los mejicanos, entra en la capital de Tepeaca.—Los señores de la provincia ofrecen su alianza á los españoles.—Cortés levanta algunos edificios y fortalezas en Tepeaca, y le da el nombre de Segura de la Frontera.—El señor de Quauhquechollan solicita el auxilio de Cortés para arrojar de su ciudad y provincia á los mejicanos.—Cortés le favorece y las tropas mejicanas son derrotadas.—Los pueblos solicitan ser admitidos por vasallos del rey de España.

Alegre Cortés de haber logrado que los descontentos suspendiesen su marcha, se propuso dar principio á sus operaciones, castigando á algunas tribus próximas á Tlaxcala, que habian dado muerte á varios españoles. Entre esas tribus se contaba la de los tepeaqueños. Era gente guerrera, valiente y vigorosa, que habia protestado fidelidad al rey de España cuando Hernan Cortés descargó su espada y su rigor sobre los choluleses; pero que al ver